

# Los primeros lectores de *Azul...*

I

**E**n su síntesis de *Las corrientes literarias de la América Hispánica* (1945), Pedro Henríquez Ureña establece la repercusión que tuvo *Azul...* entre los modernistas hispanoamericanos. Aludiendo a los *relatos breves y apuntes* de la primera edición, afirma que ésta *sentó un modelo de elegancia frívola, ahora pasada de moda, tanto más cuanto mayores fueron la admiración y el eco que despertó en su día*<sup>1</sup>. Un modelo, modo o manera ejemplar, una suma de cualidades y, más que una voluntad, una efectiva capacidad de estilo. Un modelo que, como es muy sabido, suscitó el reconocimiento consagratorio de don Juan Valera<sup>2</sup>. Pero también, especialmente a partir de su segunda edición aumentada de 1890, un impacto resonante y fecundo que resultaría significativo para el desarrollo de las letras hispánicas.

Ya lo han advertido incontables críticos e historiadores. Y, entre ellos, preferimos recordar al nicaragüense Luis Alberto Cabrales cuando señala que *Azul...*, desde 1888, se difundió por el continente, siendo recibido «con cálido entusiasmo, como el nuevo evangelio poético. Numerosos grandes escritores —especifica— han escrito más tarde sus recuerdos emocionados de sus primeras lecturas de *Azul*. Manuel Gutiérrez Nájera ha narrado cómo llegó a sus manos, en México, y cómo lo llevó, exultante, al café en que se reunían jóvenes literatos, agitando en el aire sus páginas como puñados de banderas. Y la emocionada lectura, y el influjo súbito sobre los nuevos poemas y prosas que luego escribieron. Gómez Carrillo, en páginas inolvidables —continúa—, ha narrado también la emoción con que fue recibido en Guatemala. Y así por todos los rumbos de la América hispana»<sup>3</sup>.

Ejemplifiquemos algunos hechos de la justa admiración y el eco creador de *Azul...*, comenzando con la reseña de *El Mercurio*, diario de noviembre de 1888: La prosa lo atrae y sus páginas, en períodos de extraña y elegante construcción, ofrecen a cada

<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. (3ª. reimp.) México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 181.

<sup>2</sup> *En sus dos archiconocidas epístolas: «A D. Rubén Darío», publicadas en Lunes de El Imparcial, Madrid, 22 de octubre, 1888 la I y en Ibid., 28 de octubre, 1888 la II. Ambas fueron reproducidas por diarios de Norte y Sur América, como Las Novedades de Nueva York y La Tribuna de Santiago de Chile (del 23 al 26 de enero de 1889) y recogidas por Valera en sus Cartas americanas. Primera serie. Madrid, Fuentes y Capdeville, 1889, pp. 213-217.*

<sup>3</sup> Luis Alberto Cabrales; Rubén Darío. Breve biografía. Managua, Publicaciones de la Secretaría de la Presidencia de la República, 1964, pp. 16-17.

<sup>4</sup> Gacetilla titulada «Rubén Darío», en *La Estrella de Guatemala*, tomo XII, núm. 723, viernes 16 de noviembre, 1888, p. 3, columna 3; reproducida en *Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío criollo en El Salvador... León, Editorial «Hospicio», 1964, p. 236.*

<sup>5</sup> Citado por Juan Lovelluck en «Una polémica en torno a Azul...», *Boletín del Instituto de Literatura Chilena, Santiago vol. VI, núms. 13-14, 1967; y reproducido en Estudios sobre Rubén Darío. Compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. México, Fondo de Cultura Económica, Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, pp. 227-265.*

<sup>6</sup> Ambas citas las consigna Pablo Steiner en su *Intermezzo en Costa Rica. Estudio bio-bibliográfico sobre Rubén Darío 1891/92. Managua, Gurdían, 1987, pp. 72 y 73. Steiner las tomó, respectivamente, del Diario del Comercio y de El Heraldo de Costa Rica, correspondiente cada uno al 17 de marzo de 1892.*

<sup>7</sup> *Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío criollo o raíz y médula de su creación poética. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1945, p. 183.*

<sup>8</sup> *España Moderna, Madrid, año II, núm. XIX, julio, 1890, pp. 146-148; véase María Isabel Hernández Prieto: «Escritores hispanoamericanos en revistas madrileñas», Anales de literatura hispanoamericana, Madrid, n.º. 16, 1987, p. 50.*

<sup>9</sup> *Carlos Lozano: La influencia de Rubén Darío en España. León, Editorial Universitaria, 1978, p. 13.*

instante expresiones de brillo, de intención, de energía, presentando la idea bajo su faz más poética y seductora. La poesía lo subyuga y embelesa, y sus cantos, por consiguiente, parecen primorosos ramilletes de flores o vírgenes florestas, a las cuales sólo podría criticárselas a veces la espesura del follaje...<sup>4</sup>

El anónimo redactor de estas líneas se hallaba entre los seguidores de la *praxis* estética de *Azul...* que conmovía los ambientes literarios de Santiago y Valparaíso. Así lo reflejó una extensa e intensa polémica entre el prologuista De la Barra —de 50 años— y otro admirador de Darío: Manuel Rodríguez Mendoza, ventiañero impugnador de aquél. La polémica se diluiría en eruditas disquisiciones del «decadentismo» de Darío, cuyo planteamiento en el prólogo de *Azul...* Rodríguez Mendoza creyó advertir una sutil malintención. Pero De la Barra aclararía bien las cosas en el último de sus artículos publicados en *La Tribuna* de Santiago (su contrincante elaboró dos, aparecidos en *El Heraldo* de Valparaíso):

Quien haya leído el prólogo que hice para el *Azul...* de Darío, lleno de galanterías y de elogios merecidos y por él muy agradecidos, no podrá extrañar la furia intempestiva con que ese pobre joven me ha agredido suponiendo que yo ataco a Darío y que él está obligado a defenderlo de imaginarios ataques<sup>5</sup>.

Pero volvamos al mexicano Gutiérrez Nájera (1859-1895) y al guatemalteco Gómez Carrillo (1873-1927). Aparte de sus oportunos testimonios evocados por Cabañes, ambos continuarían elogiando a Darío por su pequeña obra trascendente. Si el primero se refirió, tres años antes de morir, al «hechicero de *Azul* de Rubén Darío, aladino maravilloso, el rey del color, príncipe veneciano de cuya elegantísima escarcela van cayendo perlas...»; el segundo admiraría «el genio raro y complicado que supo crear el libro *Azul...*, collar magnífico en donde los tibios reflejos de la perla contrastan con el rayar luminoso del diamante»<sup>6</sup>.

Por su parte, en Nicaragua uno de los amigos más cercanos de Darío, el periodista Pedro Ortiz (1859-1892), ante la noticia de la edición de *Azul...*, obtuvo una orden del presidente Evaristo Carazo para reanudar la impresión de su olvidada colección de *Epístolas y poemas*, logrando publicarla —ese mismo año— con el título de *Primeras notas* (Managua, Tipografía Nacional, Calle de Zavala, n.º. 61, 1888)<sup>7</sup>.

Mientras tanto, en España y los países americanos de habla española las reproducciones de la piezas de *Azul...* eran profusas. En julio de 1890 *La España Moderna*, de Madrid, publicó «Invernal»<sup>8</sup>. Entre mayo y noviembre del mismo año, *La Ilustración-Revista Hispano-Americana*, también de Madrid, difundió otras dos composiciones de la primera edición («Anangké» y «Pensamiento de otoño») y una de la segunda («A una estrella»). La misma revista insertaba en sus columnas, al año siguiente, «Palomas blancas y garzas morenas»<sup>9</sup>.

Desde su periódico salvadoreño *La Unión*, Darío había promovido esa campaña difusora con la publicación, en noviembre de 1889, de «El sátiro sordo» —cuento que ingresaría a la segunda edición de *Azul...*— y, posteriormente, de casi todo el contenido de la primera y de «La muerte de la emperatriz de la China», segunda pieza narra-

tiva que también incorporaría a la segunda, concluida en Guatemala el 4 de octubre de 1890<sup>10</sup>. Mas también había recibido el escarnio y el desprecio de Leopoldo Alas (*Clarín*), en el satírico *Madrid Cómico* y en junio de 1889, al igual que la valoración de Antonio Rubió y Lluch, no exenta de actitud recriminadora. Presentando una correspondencia del ilustre catedrático de la Universidad de Barcelona a don Rafael Reyes, ex redactor jefe de *La Unión*, Darío escribía el 10 de marzo de 1890 en ese mismo periódico:

El que estas líneas traza, tiene a honra publicar en el diario de su dirección, carta de tal importancia y aprovecha la oportunidad para agradecer al literato catalán los elogios que respecto a él se sirvió escribir, en una de las cartas que dirigió al poeta don José Joaquín Ortiz, y que fueron publicadas en *El Correo de las Aldeas*, de Bogotá. Pero también se atreve a decir al señor Rubió y Lluch, que no es justo juzgar por un fragmento la tendencia de una obra y menos el carácter y fondo moral de un escritor. Y que Valera, su gran compatriota, procedió de otra manera al ocuparse en el libro *Azul...*, libro cuyo autor cree limpio de blasfemia, obscenidad o chiste torpe, y el cual es el que debe haber provocado cierta aversión de don Antonio<sup>11</sup>.

El mismo 10 de marzo de 1890 D. Martinto comunicaba a Darío desde Buenos Aires, lo siguiente: «Conocía sus libros *Abrojos* y *Azul...* que me procuró Rafael Obligado, y su lectura me reveló al instante un poeta, siempre poeta, en la prosa y en el verso. Original, sin caer en lo extravagante, usted en sus libros ha revelado un estilo nuevo, con un color y una luz que difícilmente se encuentran en los poetas españoles»<sup>12</sup>. Y le añadía, poniendo en su punto el «galicismo» de *Azul...*, reclamado chauvinista y exageradamente por la crítica peninsular de la época:

Se pretende que Vd. imite a los franceses, que ama con especial cariño a Catulle Mendès, y aunque estoy conforme con ello en lo que se relaciona a la parte plástica, a la factura de sus obras, no pienso lo mismo acerca de su fondo. En Vd. hay mucho más espontaneidad, muchos más quilates de pensamiento que en el autor de *Kamadi-na*; y al seguir en algo su modo (*sa manière*, como dicen los franceses) lo ha hecho con la misma independencia que Sully Prudhomme y Coppée, que más que Vd. aún se dejaron influenciar por la poética y retórica de los parnasianos<sup>13</sup>.

Entonces no se advertía que el «afrancesamiento» de los modernistas hispanoamericanos, encabezados por Darío, era común al de algunas literaturas coetáneas de Europa como la portuguesa, la italiana, la catalana e incluso la española<sup>14</sup>.

*Azul...*, mientras tanto, seguía siendo acogido y admirado en la América hispánica. El salvadoreño Joaquín Méndez elogiaba «La canción del oro» en un comentario a la *Galería poética centroamericana* (1888) del guatemalteco Ramón Uriarte, quien había tratado con parquedad a Darío, incluido en el tercer volumen de esa colección<sup>15</sup>. El argentino Mariano de Vedia, a once meses de la aparición de *Azul...*, en la Tipografía «Excelsior», de Valparaíso —el 30 de julio de 1888— emitía la primera crítica en su país sobre dicho breviario, asentando una afirmación muy interesante para el momento: *El americanismo robusto, sano, diríamos salvaje, que se descubre en el fon-*

<sup>10</sup> Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío en El Salvador, op. cit., pp. 213-227.

<sup>11</sup> Rubén Darío: «Una carta de Rubió y Lluch» en *La Unión*, año II, núm. 153, San Salvador, sábado 17 de mayo de 1890; transcrito en Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío en El Salvador, op. cit., pp. 232-234.

<sup>12</sup> D.D. Martinto: «Una carta literaria» en *La Unión*, año II, núm. 153, San Salvador, sábado 17 de mayo de 1890; transcrito en Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío en El Salvador, op. cit., pp. 232-234.

<sup>13</sup> Ibid.

<sup>14</sup> Joan-Lluís Marfany: «Algunas consideraciones sobre el modernismo hispanoamericano», en Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, n.º 382, abril, 1982, p. 89.

<sup>15</sup> Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío en El Salvador, op. cit., pp. 236-237.